



Universidad Austral de Chile

---

*Conocimiento y Naturaleza*

La colección *Patrimonio Institucional* de Ediciones  
Universidad Austral de Chile, busca recuperar,  
poner en valor y afecto la herencia  
intelectual de autoras y autores ligados  
a nuestra Universidad y cuyas  
obras, de escasa visibilidad en  
el presente, fueron y son un  
aporte insustituible al  
conocimiento y al  
acervo cultural  
del país.



María Elena Hurtado

Jorge Millas:  
**La Alegría  
de Pensar**

Una Biografía

Ediciones  UACH

Colección Patrimonio Institucional

Esta primera edición en 500 ejemplares de

**JORGE MILLAS: LA ALEGRÍA DE PENSAR  
Una Biografía**

Se terminó de imprimir en enero de 2018  
en los talleres de Andros Impresores.

☎ (2) 25 556 282, [www.androsimpresores.cl](http://www.androsimpresores.cl)  
para Ediciones Universidad Austral de Chile.  
☎ (56-63) 2444338  
[www.edicionesuach.cl](http://www.edicionesuach.cl)  
Valdivia, Chile.

*Dirección editorial*

Yanko González Cangas.  
Ana Traverso Münnich (s).

*Cuidado de la edición*

César Altermatt Venegas.

*Maquetación*

Silvia Valdés Fuentes.

*Fotografía de Portada:*

Gentileza Archivo *El Mercurio*.

Todos los derechos reservados.

Se autoriza su reproducción parcial para fines periodísticos,  
debiendo mencionarse la fuente editorial.

© Universidad Austral de Chile, 2018.

© María Elena Hurtado, 2017.

RPI: 284.150

ISBN: 978-956-390-046-0

*A Raúl Hernán, Sebastián, Alejandro, Jago, Raphael, Claudio, Tulsi y Flora.*

# Contenido

## **Introducción 11**

El gurú hermético 15

El niño curioso 27

El poeta apasionado 43

Irremediablemente filósofo 55

Un escritor fecundo 67

Juez severo de la reforma universitaria 77

Proyectando los templos del saber 89

Un demócrata ferviente 95

Exiliado de las universidades 105

Reflexionando sin ira 123

Disfrutando en el reino de los animales 129

Una muerte prematura 133

**Anexos 139**

Frases memorables 141

Lo que dicen de él 147

**Agradecimientos 153**

**Bibliografía 155**

**N. del E.:** La presente biografía está basada en fuentes documentales y entrevistas personales. Comentarios, referencias hemerográficas, electrónicas y fuentes vivas se encuentran consignadas con notas al pie de página. Las referencias bibliográficas se señalan en el texto entre paréntesis y corresponden a una selección de fuentes a destacar por la autora.



# Introducción

Jorge Millas Jiménez, filósofo, ensayista y maestro, es uno de aquellos creadores y héroes desconocidos para la generación de hoy, que dedicaron su pensamiento y su valiente acción a educar a las nuevas hornadas universitarias, a pensar lo que haría plena la vida de los chilenos y, en los años ochenta, a usar su reputación como intelectual y docente para bregar por el retorno a la democracia.

A pesar del tremendo aporte que hizo, Millas es casi desconocido en Chile, ya que, aunque publicó una decena de libros e innumerables artículos, fue poco leído en su época y tampoco es leído hoy. Salvo por algunos filósofos, pocos han profundizado en su obra.

Pensando sobre qué personaje chileno elegir para escribir una biografía, su nombre apareció en mi pantalla casi por casualidad. Si me fijé en él, fue porque a comienzos de los setenta, mientras ejerció como profesor de Filosofía del Derecho en la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile, dirigió la tesis de grado de mi difunto primer marido, el abogado Rolando Gaete.

Dos veces vi su figura delgada, ni alta ni baja y de un aspecto que, para mí, una joven estudiante de Periodismo de veintitrés años, me pareció un poco intimidante. La primera vez en el frontis de la Escuela de Derecho ubicada en la calle Pío Nono de Santiago, y la segunda, en la vereda de su casa en Monseñor Edwards con Rutilio Rivera, donde vivió la mayor parte de su vida.

Memorablemente, en una oportunidad, Millas se definió a sí mismo como «irremediamente filósofo». En otra, remitió a su interrogador a su carnet de identidad y a sus diplomas de títulos y grados de los que, declaró, se escapaban tres datos: «Mi horror al vacío en el mundo humano, mi pasión libertaria y mi condición de filósofo. Todo lo demás es incierto: fui de joven un casi-poeta, un casi-político y un casi-abogado. Mi obra ha sido casi-leída y casi-estudiada. En lo afectivo he sido casi-amado, casi-admirado y casi-tolerado, incluso por mí mismo. En lo intelectual soy un casi-racionalista que se apega a un casi-empirismo, seguro —eso, sí— seguro de que el mundo de las cosas y los hombres es tan complejo que solo puede casi-comprenderse».



Cuando empecé a indagar en su vida y en sus escritos, el descubrimiento de que Millas reflexionaba sobre muchos temas tremendamente significativos para el Chile actual, me convenció de que había elegido a un personaje que merecía ser conocido más ampliamente. En una sociedad como la nuestra, en que la gran mayoría no se interesa o no participa en la vida del país, manteniendo una vida rutinaria dominada por los aspectos materiales, vale la pena aceptar la invitación que nos hace Millas a enriquecer nuestra existencia a partir de la reflexión de lo que nos sucede, de actuar en consonancia con nuestros pensamientos y de mantener una actitud crítica frente a nosotros mismos, a los demás y a los hechos del mundo.

Las ideas de Millas que pueden ser un aporte al debate sobre cómo construir un Chile mejor son muchas. En este contexto, el intelectual Carlos Peña, abogado y columnista, destaca el libro de Millas *El desafío espiritual de la sociedad de masas* (1962) el cual, dice, prefigura la desazón que sienten los nuevos consumidores al percatarse de que haber accedido al consumo no los ha hecho más iguales ni mejores personas.

Figueroa (2011 c) señala como muy contingentes los pensamientos de Millas sobre la educación: «la educación no solo es un trámite que nos capacita para ganarnos la vida, es algo con valor intrínseco que nos

habilita como individuos y nos ayuda a desarrollar la mejor versión de nosotros mismos». También destaca la vinculación que hace Millas entre educación y política —sin personas educadas la democracia cojea, pareciera decir— así como también subraya su firme, articulada y apasionada defensa de la democracia como el mejor sistema que han inventado los hombres para dirigir sus sociedades.

La importancia que Millas le dio al diálogo y a la tolerancia merece ser tomada muy en cuenta hoy. Oigámoslo: «cuando recibimos retroalimentación podemos ver que somos capaces de soñar juntos, de asumir responsabilidades, planificar y ejecutar esos sueños». Sus ideas sobre lo que deben ser y cómo hay que organizar las universidades pueden aportar al debate sobre cómo reformar de mejor modo la educación superior en Chile. También hacen eco hoy sus ideas sobre temas como la responsabilidad personal y social de los individuos, la libertad de pensamiento, la ética y las oportunidades que ofrece la sociedad de masas.

Millas creía firmemente en que el conocimiento expande el horizonte de la acción humana y libra a los hombres de vivir como autómatas, «precipitados por la pendiente del tiempo como la piedra que se despeña cuesta abajo». Desde su perspectiva, la teoría y la práctica son dos lados de una misma moneda: pensar hasta el límite de las cosas no puede ser un ejercicio meramente intelectual, sino que debe traducirse en acciones concretas de las que debemos hacernos plenamente responsables.

Nada mejor que la vida del propio Millas para ilustrar su idea de que hay que obrar como hombre de pensamiento y pensar como hombre de acción. De pensador, escritor y pedagogo, Millas saltó al ruedo para lidiar abierta y apasionadamente contra los atropellos de la dictadura del general Pinochet. Cuando los militares intervinieron las universidades, salió como león a denunciar la «universidad vigilada» o la «universidad cuartel», como también la llamó. Años antes había atraído la crítica al oponerse contracorriente a la reforma universitaria que, a su parecer, dañaba a la universidad al politizarla.

A principios de los ochenta hizo un discurso memorable contra el proyecto de Constitución de Pinochet. Este discurso lo terminó por transformar «en el guía espiritual de la conciencia libertaria», como dijo el recordado filósofo Humberto Giannini. Parece una exageración

pensar con Giannini, que el filósofo estaba ayudando «con su palabra nítida, insobornable, a restaurar una experiencia —la de que el poder político debe ser la expresión de una voluntad de bien compartida— que determinó a la larga la caída de la dictadura». Pero una pizca de razón puede haber tenido Giannini.



La primera parte de esta biografía habla del hombre, su historia familiar, su forma de ser, a través de lo que se ha escrito sobre él y del recuerdo de numerosas personas que lo conocieron. Después recorre con él sus años de adolescente en el Internado Nacional Barros Arana, INBA, donde despertó su amor por la poesía y la filosofía, y donde estableció amistades para toda la vida con personajes como el poeta Nicanor Parra.

De ahí, el libro repasa su vida laboral, las tesis de sus obras, sus opiniones sobre temas centrales como la religión, la política y la educación, todo ello basado en las obras y artículos del propio Millas y de otros investigadores listados en la bibliografía incluida al final, además de entrevistas que tuve con académicos y filósofos.

Los que lean a Millas podrán, como dijo su alumno y colega Juan Enrique Serra, «elevar el nivel de sus preocupaciones e inquietudes» y encontrar conceptos que les entreguen «una más certera visión del mundo y del curso de la vida humana». Ojalá que esta biografía les despierte el interés de hacerlo.

## El gurú hermético

**E**n 1980, mediante una encuesta, Jorge Millas fue elegido por un centenar de personalidades chilenas como el individuo más inteligente del país. El diario *El Mercurio* les propuso a los encuestados nombrar a cinco hombres o mujeres no fallecidos que les parecieran los más inteligentes. Millas ocupó el primer lugar, con veintitrés preferencias, seguido del abogado y diplomático conservador, Julio Philippi; del ex-Presidente de la República Eduardo Frei Montalva; del abogado, asesor del régimen militar de Augusto Pinochet y fundador del Partido Unión Democrática Independiente (UDI), Jaime Guzmán; y del economista y creador del sistema de pensiones chileno, José Piñera.

Los resultados de la encuesta fueron publicados el 25 de mayo de 1980 en la *Revista del Domingo* del diario *El Mercurio* con el título «Escogiendo a los granados», por aquello de *La Araucana* de Alonso de Ercilla en que consigna: «la gente que produce es tan granada, tan soberbia, gallarda y belicosa».

Su elección como el hombre más inteligente de Chile, se debió en gran parte a la notoriedad que adquirió cuando —quien hasta entonces se había dedicado a enseñar y a escribir— levantó la voz contra los excesos de la dictadura instaurada por el golpe de Estado de 1973 en Chile. Millas era retraído y enemigo de la notoriedad pública, pero su convicción profunda de que la actividad intelectual es inseparable de una praxis

de servicio, lo impulsó a convertirse en un articulado y fuerte crítico del acontecer político chileno posgolpe y, especialmente, de lo que llamó «la universidad vigilada». Era un hombre de características muy marcadas, por no decir todo un personaje.

En los años cincuenta sus alumnos de Filosofía en la U. de Chile le tenían una serie de apodos: «el zorro Millas», probablemente por lo astuto que era; «Mahatma Gandhi» por su delgadez, su tez morena y su mirada profunda; «Sócrates» por la sencillez de su trato y su marcada disposición a resolver dilemas, y «una especie de República independiente», por su autoridad intelectual y moral.

También lo llamaron «el lobo estepario», tal vez por su hermetismo y su profundidad, dos características de Harry Haller, el protagonista de la famosa novela homónima del escritor suizo-alemán Hermann Hesse. Su reserva le ganó el nombre de «Heráclito el Oscuro». Su marcada tendencia a guardarse sus asuntos personales para sí mismo, un rasgo de personalidad poco común entre los latinos, era lo primero que saltaba a la vista al conocerlo. El filósofo Humberto Giannini (1982) dijo de él que «era un ser a tal punto reservado que casi tocaba el misterio...; jamás daba un flanco personal ni osaba tocar el del otro». En símil, el abogado y filósofo, Agustín Squella (2013), señala que Millas tenía «una zona interior que se negaba a mostrar».

Varios de sus conocidos especularon sobre la razón de su hermetismo. Entre otras cosas lo atribuyeron a una excesiva timidez o a que era un arma para proteger su individualidad y su independencia. Lo que Millas sí mostraba abiertamente era su gran sensibilidad hacia el sufrimiento propio y ajeno. Maximiliano Figueroa, autor de un excelente libro sobre Millas (*Jorge Millas. El valor de pensar*) que recorre los temas y las luchas del filósofo y profesor universitario en sus últimos años, piensa que este era comprensivo, porque rechazaba terminantemente humillar o descalificar a otro. Tenía sus puntos de vista pero comprendía que otros podían llegar a otra posición, «Millas nunca mostró odio por nadie», nos confiesa.<sup>1</sup>

.....  
1 En entrevista personal con la autora, Santiago de Chile, 2016.

Figuroa elucubra que esa sensibilidad podría deberse a varias cosas: perdió a su madre a los cinco años (quien murió en 1922); en su adolescencia falleció súbitamente su único hermano; estuvo varios años recluido lejos de su familia en el INBA; era ateo y separado, en una sociedad creyente; y también se especula que haya sido homosexual.

Su gran amplitud de mente y el hecho de que no se creyera poseedor de la verdad, deben haber contribuido a su veta comprensiva y poco dogmática. Es significativo que en sus escritos usara con frecuencia términos tales como: *probablemente, quizás, es posible, tal vez*, consigna Hans Erhmann (1975) en la entrevista que le realizó para revista *Ercilla*. Millas declaró que la vida lo había llevado a la conclusión «de que el bien máspreciado que podemos perseguir es la bondad, más que el saber» (Sierra 1977). No solo tenía a la bondad en un pedestal, sino que la practicaba. «Es difícil describirlo físicamente, porque el hálito de bondad que lo envuelve borra todo lo demás», agrega Malú Sierra.

El filósofo Juan Enrique Serra (2005) está de acuerdo, añadiendo que esto no quitaba que escrutara al otro «con mirada punzante... y al primer encuentro, si no atemorizaba, al menos imponía respeto». Sin embargo, parece haber consenso entre los que lo conocieron de que era amable y extremadamente educado. «Bribón» fue la palabra más fuerte que se le escuchó decir (Squella).



Hirsutas cejas casi le tapaban los ojos que, en sus últimos años, sus gruesos anteojos hacían aparecer más grandes e intranquilos, con un dejo de tristeza. Su mirada era penetrante, su rostro insinuaba algo doloroso; su voz era ronca, su hablar, pausado, y su actitud muy cauta y a veces ingenua. Era muy amable, muy educado, pero nunca hacía alarde de su gentileza. Se vestía formalmente, siempre con chaqueta aunque estuviera en el campo o en la playa. Una de sus favoritas era una chaqueta cuadrillé, bajo la que se ponía *sweaters* escote en «V» de colores sobrios cuando hacía frío.

Así lo recuerda su alumno y colega Juan Enrique Serra: «Evoco su imagen algo desgarrada, por qué no decirlo, un poco descuidada en su

apariencia. Daba la impresión de que le importaban otras cosas. Tenía algo de asceta, semejante al retrato de un vegetariano frugal, cetrino, melancólico...».

Era un hombre al que le costaba hablar con soltura de lo cotidiano, no así de ideas y grandes temas. Su poco manejo en las relaciones con los demás se expresaba también en su gran cautela, que lo hacía sopear bien las situaciones antes de tirarse al ruedo. Esto lo hacía parecer poco espontáneo a veces. Tal vez tomaba esta actitud porque temía cometer alguna injusticia con alguien, es así como la periodista Odette Magnet interpretó la falta de espontaneidad de Millas. En esa entrevista, Magnet (1981) habló también de sus frecuentes vacilaciones, unidas a su dificultad de tomar resoluciones ya que «hacerlo le era doloroso». Se le acusaba, contó, «de querer quedar bien con todos, de 'falta de compromiso', de 'temor a matricularse'», lo que atribuyó a un profundo temor a ser utilizado.

La otra cara de la medalla era su afición a conversar. Dicen que tenía siempre anécdotas cortas y simpáticas y un humor afilado que a veces desembocaba en alguna tomadura de pelo, siempre hecha en tono amable y cálido y acompañada de una sonrisa, «[por lo] que uno quería estar siempre con él» (Oyarzún 1995).

Era el ser más entretenido para sus tres nietos, dos niñas y un varón, descendencia de su hijo adoptivo Miguel Espinoza. A la mayor, Millas le puso «la abeja», la segunda era «la chispa» y el pequeño, «run-run». Verónica Espinoza,<sup>2</sup> alias «la chispa», cuenta que les narraba las aventuras del Quijote para hacerlos dormir y que le encantaba elaborar juegos de ingenio, refranes, contarles cuentos y describirles los procesos de la naturaleza.

Compartía con sus nietos adoptivos en su parcela de Alto Jahuel, al sur de Santiago. Allí, a Millas le gustaba caminar, leer en su biblioteca y escribir a máquina con algunos de los tres nietos en brazos o jugando por ahí. Pasar la Navidad con ellos y después armar los regalos para los niños era un gran panorama para él. La única vez que Verónica recuerda a

.....  
 2 Cf. reseña «Desde la familia» en <http://www.fundacionmillas.org/jorge-millas-2/reseña-desde-la-familia> (consultada el 28 de agosto de 2017).



su abuelo enojado fue cuando no pudo montar la autopista que le había regalado a su hermano.

Disfrutaba la música clásica, la pintura impresionista, el café, el whisky. Comía de todo; entre sus bocadillos favoritos estaban las aceitunas, el mazapán y las mermeladas. Tenía una debilidad especial por su perro Pastor y, cómo no, por los libros. Era ahorrativo. Nunca tomaba un taxi si no estaba apuradísimo y le sacaba lustre al papel en que escribía, en tiempos que el imperativo ecológico del reciclaje aún no hacía su aparición. Escribía sus clases a mano, al reverso de circulares u hojas mimeografiadas, frecuentemente amarillentas por lo viejas. Sus alumnos especulaban de dónde sacaba tal profusión de hojas usadas.

Su biblioteca era extensa. Consigna el abogado y académico Frederic Smith:<sup>3</sup>

*Quienes tuvieron el privilegio de conocer su biblioteca todavía intacta, recuerdan la abundancia de obras en francés donde llamaban la atención la cantidad de volúmenes muy a la rústica de las antiguas editoriales Vrin, Alcan y Colin, entre los cuales había varias traducciones de filósofos alemanes. En algún momento estuvieron allí los *Études d'histoire de la Philosophie* de Émile Boutroux, *Psychologie* y *Métaphysique* de Jules Lachelier, el *Traité de Logique* de Edmond Goblot —que Millas estimaba insuperable— y diversas obras de filósofos franceses de la primera mitad del siglo veinte.*



Según José Miguel Vera,<sup>4</sup> lo que se conoce de su vida sentimental es escaso: a los veintiséis años de edad, en 1943, se casó con Silvia Germana Aburto Bustos, *Mané*. No tuvo hijos y al cabo de dos años se separó. Desaparecido el amor por *Mané*, su actitud hacia ella fue más bien aversa.

Muchos suponen que Millas fue homosexual, aunque no hay prueba de ello. Un académico, que estuvo muy cerca de él hasta el final, reflexiona:

.....  
3 En entrevista personal con la autora, Santiago de Chile, 2015.

4 *Jorge Millas, filósofo y maestro*. Biografía novelada, inédita.

«él era un puritano. Su homosexualidad era una fuente de sufrimiento y simplemente no iba a compartir este hecho con nadie. Jamás escuché del grupo que lo conocía que se hubiera comentado nada al respecto —a lo que añade—; Millas sostenía que la filosofía servía para controlar los instintos y así debe haber sido para él».

Cuando niño tendía a aislarse de los demás, cosa que cambió cuando entró a la secundaria en el INBA, donde se hizo de un puñado de amistades que le durarían toda la vida. Fueron sus únicos amigos íntimos, fuera de ellos, nunca nadie le conoció amigos cercanos, solo conocidos. «Nadie puede jactarse de haber sido su confidente», me comentó Smith.

No soportaba a los «pelmazos», como él los llamaba. También tenía una categoría de personas a los que les hacía el quite: «Me dan miedo sobre todo los patriotas y los justicieros, los que aseguran que conocen el bien común y que distinguen perfectamente entre lo bueno y lo malo; los que creen saber de qué lado están los nobles y dónde los perversos», declaró en una entrevista publicada en la revista *Huelén* en 1983.

Sin embargo, cuando ya tenía fama de hombre excepcional y especial, siempre acogió con amabilidad y simpatía a todos los que, en cafés o restaurantes, deseaban sentarse a su mesa. Tenía «una inconfundible originalidad personal: no se asemejaba a nadie, no tenía dobles, ni había por ahí gentes de su tipo»; dijo de él la filósofa Carla Cordua.

Solo o en compañía, solía tomarse varias tazas grandes de café negro, acompañadas de sus infaltables e inagotables cigarrillos —fumaba un mínimo de cuarenta al día—. No parecía preocuparle que la ceniza del cigarrillo le quemara la ropa, cosa que le sucedía con frecuencia por su descuidado hábito de gesticular con las manos próximas al rostro, mientras fumaba al hablar. Así lo describe Smith en nuestra conversación:

*Cuando Millas fumaba parecía que su cigarrillo iba a durar eternamente, tal vez porque lo hacía con elegancia y parsimonia, dejando que la parte ya consumida permaneciera adherida largo rato en estado de pálida ceniza y no de brasa fulgurante... Se le metía el humo en la cara porque no aspiraba los puchos; hacía un gesto con los ojos medio cerrados y se quedaba pensando; cuando ya tenía el bigote blanco, el vicio se lo teñía de amarillo.*

Era serio, pero no grave, se reía con ganas y tenía humor; «pescaba al vuelo las coyunturas absurdas», comentó la filósofa Carla Cordua.<sup>5</sup> También remarcó que la elocuencia de Millas hizo época. «Decíamos de él: 'Habla por escrito o habla redactado'. Sin nunca dar señales de que buscaba las palabras o de que esperaba que le vinieran las ideas para expresarlas, enunciaba su discurso pedagógico en largas frases infalibles que no necesitaban revisiones ni correcciones».

Abunda Peña (2015), «Su prosa era la de un virtuoso, llena de sonoridad y de ritmo, como si todo lo que escribiera —epistemología, análisis cultural, escritos polémicos, teoría del derecho y filosofía rigurosamente técnica— estuviera preparado para ser leído en público, para hipnotizar a un auditorio. Y esto era lo que, cada vez que hablaba, ocurría».



Jorge Millas demostró su vocación intelectual desde muy temprano. Fue un gran lector en su niñez y su vertiente humanista la profundizó de adolescente durante sus años en el INBA. Fue allí donde hizo sus primeras lecturas filosóficas, dictó sus primeras conferencias y hasta formó con sus amigos más cercanos un pequeño grupo de reflexión filosófica. Primero incursionó en la poesía, publicando dos libros recién cumplidos los veinte años, pero pronto retomaría de lleno y para siempre la filosofía, porque comprendió «que no iba a ser un gran poeta» (González 1982).

La filosofía era lo suyo y esa inquietud filosófica lo acompañaría durante toda su vida. Publicó diez libros de filosofía, dos de poesía, y lo que llamó «un divertimento-lógico lingüístico», en el que jugó jocosamente con el personaje de *Alicia en el país de las maravillas* (1985). Dos de sus libros, *Idea de la individualidad* (1943), *Ensayos sobre la historia espiritual de Occidente* (1960) y el ensayo «Las máscaras filosóficas de la violencia» (1975), recibieron premios. También escribió numerosos artículos académicos, en su mayoría relacionados con filosofía, derecho y educación.

.....  
5 En «Un académico a prueba del paso del tiempo», publicado en diario *La Nación*, 18 de diciembre de 2006..

La manera en que practicaba la filosofía podría explicar por qué un hombre que vivía del y para el pensamiento nunca cayó en el dogmatismo. Confesó Millas:

*Uno vive más de sus dudas que de sus convicciones. Más de sus preguntas que de sus respuestas... Cuando me hago las preguntas definitivas, las que tocan el límite de lo cuestionable... quedo paralizado por la duda... Al llegar a este desenlace, tengo que confesar que el pensamiento, así como yo lo cultivo, fracasa. Las últimas respuestas solo las tienen los que no se hacen las últimas preguntas (Sierra).*

Los creyentes de cualquiera religión deben haber caído para Millas, que se declaró agnóstico, en la categoría de los que no se hacen las últimas preguntas: «Entre Dios y yo no ocurre nada. Si me ha creado, no lo sé; si su providencia me conserva no lo noto. Yo soy demasiado concreto y finito, demasiado personal y próximo a mí mismo como para sentirme en relación, sobre todo de amor, con algo tan lejano e inconmensurable, tan dentro de sí, como es Dios...».<sup>6</sup>

Pensaba que la idea de Dios respondía «a una necesidad muy patética del hombre de encontrar la respuesta definitiva sin haber pasado por todos los afanes de conquistarla. El salto que se da gratuitamente es la hazaña del pensamiento religioso. Pero los que nos empeñamos en no saltarnos etapas, somos agnósticos —lo que aclaró— no quiere decir no creer en Dios, sino decir, honestamente, no sé». Añadió que no le gustaban las religiones porque pensaba que trasladaban la responsabilidad de los problemas humanos a un poder fuera de sí mismo. También decía que la fe encierra.



Acérrimo opositor de las ideologías que, dijo, intentan pasar gato por liebre, sindicó al marxismo como el mejor ejemplo de esto, ya que «se llama científico, convirtiendo una posibilidad de concebir la sociedad humana en la única concebible... A mí me tiene sin cuidado si

.....  
6 En «Jorge Millas: poeta y filósofo», revista *Huelén*, nro. 11, 1983. Santiago.

expropián los medios de producción, pero sí me tiene con mucho cuidado que los marxistas expropien la libertad y la inteligencia».<sup>7</sup>

De ahí que fuera un crítico abierto del Gobierno de la Unidad Popular. Su oposición intelectual a las ideologías lo llevó a explicar en el prólogo de *Idea de la Filosofía*, «El Conocimiento» (fechado el 4 de septiembre de 1968 y publicado en 1970 cuando gobernaba el demócrata-cristiano Eduardo Frei Montalva), que el libro no era leal ni servil «respecto a las manías ideológicas que prevalecen» ni, como se espera, un «acto de fe partidista respecto al tipo de sociedad que se busca, a los valores que se exaltan, a los métodos de acción política».

Squella opinó en una entrevista que sostuvimos en un café santiaguino en 2016, que la Democracia Cristiana le debe haber parecido una opción moderada, un terreno amable, con más sosiego, frente a los que consideraba los excesos de la izquierda (sobre todo, su dimensión violenta, un tema que abordó en varios escritos) y la insensibilidad social de la derecha.

Millas tomó de Ortega y Gasset y de Heidegger la idea de que la política es condenable porque se identifica con el colectivismo de la sociedad de masas, mientras que el mundo del pensamiento es refugio del espíritu. Reclamó que al novelista, al artista, al hombre de ciencias, al filósofo, «se le exige convertirse en crítico implacable de la disoluta sociedad burguesa y en complaciente panegirista de la no menos frustrante sociedad 'proletaria'».

La filosofía, por otro lado, la considera un antídoto, ya que su función es la de «mantener la inteligencia despierta frente al peligro del nuevo oscurantismo» y la de resistir el encasillamiento en posiciones políticas, poniendo «al hombre sin simulaciones ideológicas frente a su propia responsabilidad, esa es la efectiva contribución de la filosofía» (Millas 1970).



.....  
7 Entrevistado por María Eugenia Oyarzún, «Las universidades son torres de marfil». Diario *La Tercera*, agosto de 1981.

No deja de ser irónico, entonces, que antes de transformarse en filósofo hecho y derecho Millas haya ingresado al Partido Socialista, e incluso, en 1938, haya sido elegido presidente de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile (FECH). Parece, eso sí, que la experiencia no fue de su agrado. Rememorando esos años confesó que algo lo apartaba de la política, aclarando que no se trataba «de la política como una preocupación cívica por los problemas de la vida en común, bajo la organización del Estado, sino de la política como compromiso con personas que suscriben un ideario básico y que se sirven de él para intentar realizarlo a través de la conquista del poder».

Se dio maña en subrayar que su actitud renuente a la vida partidaria no significaba que creyera que otros no debieran asumir un compromiso político: «Creo que tienen que hacerlo», le dijo a la periodista Malú Sierra (1980). Se podría especular que el compromiso político no se concedía con la idea de que la libertad de conciencia es la que hace humano al hombre. En cambio, adherir a una determinada posición política lo eximiría de pensar por sí mismo y de tomar responsabilidades personales. No comprometerse con un partido específico le dio a Millas la libertad de emitir juicios independientes y de tratar de influir con sus ideas a moros y cristianos. Defendió y promovió un tipo de sociedad en la que los seres humanos pudieran relacionarse libremente, sin dominación ni manipulación. Se manifestó apasionadamente contra la violencia como método político, viniera de quien viniera, y a favor de la libertad de pensamiento y expresión.

Fue un demócrata convencido, por lo que, a poco andar, se declaró acérrimo opositor de la dictadura del general Pinochet. Justificó su posición en el célebre discurso que dio en el Teatro Caupolicán con ocasión de la convocatoria a un plebiscito sobre una nueva Constitución. En ese discurso, remarcó que «la opresión inhibe, pero no expande la vida. Bajo las apariencias de un orden que es pasividad y silencio, deja oculto el desorden de la verdad atropellada, de los derechos conculcados, de los espíritus amedrentados o sugestionados, y de la falta de verdadera alegría y esperanzas cívicas» (2017). Una segunda razón para oponerse a la dictadura en Chile era que para él «las dictaduras, convertidas en sistemas, favorecían la esterilidad intelectual y la torpeza ética» (1996 b).

Con valentía debido a los tiempos que corrían, y venciendo su natural timidez y reticencia a manifestarse políticamente, Millas salió de las aulas para expresar públicamente su opinión contra la intervención militar de las universidades. En 1975 envió una carta al diario *El Mercurio* titulada «La universidad vigilada», que le valió notoriedad y la salida de la U. de Chile, donde enseñaba hacía muchos años. Cinco años más tarde esbozaría en la prensa y en discursos públicos los problemas que le encontraba al proyecto de Constitución de Pinochet y la forma antidemocrática elegida para aprobarlo.

Squella piensa que Millas fue impulsado por las circunstancias a tomar la palabra como si hubiera sido un político, pero que en realidad lo hacía como filósofo y por un fuerte imperativo moral de hacer pública su opinión en dos momentos anormales de la historia del país. «Que criticara a la UP y después a la dictadura demuestra que fue coherente. Entonces, ¿para qué y por qué pasarle la cuenta?».

Fue grande el precio que debió pagar Millas por haber sacado la voz en contra de la dictadura militar: fue expulsado de la universidad, donde había encontrado el espacio para pensar, escribir y transmitir a varias generaciones de estudiantes sus pensamientos y su actitud ética frente a la vida. «Por haber tenido que levantar la voz a nombre de los miles de chilenos silenciosos que no nos atrevíamos a hablar, Millas ganó públicamente una batalla importante contra la prepotencia del poder. Pero, en el fondo de su alma, Jorge Millas había perdido la guerra», comentó el filósofo Humberto Giannini (2011) a propósito de su exoneración de la Universidad Austral de Chile (UACH), su última parada en uno de sus queridos templos del saber.

Transformado en *persona non grata* para todas las universidades chilenas, este hombre, considerado como uno de los mejores filósofos chilenos del siglo XX y el mejor filósofo del derecho, terminó dictando clases particulares para poder sobrevivir.

## **EDICIONES UNIVERSIDAD AUSTRAL DE CHILE**

### **Director**

Yanko González C.  
Ana Traverso M. (s).

### **Representante Legal**

Rector Óscar Galindo V.

### **Producción Editorial**

César Altermatt V., Coordinador de Producción Editorial.  
Silvia Valdés F., Diagramación y Diseño.  
María Jesús Hernández G., Secretaria.

### **Consejo Editorial**

Yanko González C., Director Unidad Editorial.  
Léonor Adán A., Directora de Vinculación con el Medio.  
Luis Vera C., Director Sistema de Bibliotecas UACH.  
Hans Richter B., Director Dirección de Investigación y Desarrollo.

### **Comités Editoriales**

Leopoldo Ardiles A., Coordinador del Comité Ciencias de la Salud.  
Jorge Arenas B., Coordinador del Comité Ciencias de la Ingeniería y  
Tecnologías.  
Víctor Gerding S., Coordinador del Comité de Ciencias  
Silvoagropecuarias.  
Pablo Szmulewicz E., Coordinador del Comité de Ciencias Sociales,  
Artes y Humanidades. Con la asesoría de María Angélica Illanes O.  
Carlos Oyarzún O., Coordinador del Comité de Ciencias Exactas y  
Naturales.